

LA NUEVA EVANGELIZACIÓN Ante los retos del momento presente

La misión que Jesús nos confía

La Iglesia existe para evangelizar (Evangelii nuntiandi, 14). La misión que Jesús nos confía es sembrarle a Él en el corazón de la sociedad de cada tiempo y de cada lugar tal como es y no como a nosotros nos gustaría que fuera. Para ello, el Espíritu nos impulsa a una actitud fundamental: **ESCUCHAR**. Escuchar a Jesús para conocerle y llenarnos de Él y a la vez escuchar a nuestros hermanos para conocerlos y ofrecerles al Señor. Son dos polos, **Dios y el ser humano**, entre los que necesitamos movernos para que el Espíritu Santo actúe con eficacia. Si no nos ponemos en la Presencia de Dios desde la actitud de los discípulos que tienen que aprender y si no conocemos a las personas que nos rodean y la sociedad en la que vivimos, difícilmente podemos realizar nuestra misión en verdad.

Escuchar no es quedarnos en la superficialidad sino entrar en el corazón de Dios y de las personas, aprender a “leer entre líneas”, discernir, para después actuar.

Podemos añadir algo más: **escuchar desde el propio corazón**. El lugar de la reflexión, el punto donde Dios y los demás se unen es el propio corazón. En el silencio interior el Espíritu se manifiesta y se crece en la verdadera sabiduría. Aprendemos de nuestra Madre María, *que guardaba todas estas cosas meditándolas en su corazón* (Lc 2,19). Desde el corazón oramos y también desde el corazón necesitamos actuar si no queremos ser transmisores de palabras vacías o de gestos sin alma.

Ayer y hoy

Nuestra misión es exactamente la misma hace dos mil años que en el momento presente: responder a las dos grandes preguntas que existen en el corazón: **¿Quién es Dios y quién es el ser humano?** “Dime en qué Dios crees y te diré quién eres”. En este orden: de la idea interna que lleva cada persona en su relación con lo divino tiene como consecuencia una comprensión diferente sobre quiénes somos los seres humanos. Hasta los que se reconocen como ateos no dejan de tener una actitud sobre la religión y la transcendencia.

Desde este punto de vista no hay mejor manera para saber qué se piensa sobre Dios que mirar la relación que tenemos entre nosotros y nuestra manera de vivir.

Jesucristo ha venido para revelarnos quién es Dios de verdad y desde ahí enseñarnos también la verdadera identidad del ser humano. Por ello, la misión de la Iglesia sigue siendo hoy plenamente actual y necesaria: desde el Evangelio somos portadores de una Buena Noticia con poder de sanar, liberar y construir.

Cada época y cada sociedad ha tenido sus puntos de luz y sus dificultades. Necesitamos discernir sobre cuáles son esos puntos en la actualidad para regalar a Jesucristo y experimentar juntos la fuerza de su salvación. Nuestro criterio de discernimiento, ayer y hoy, es el mismo: **el Evangelio**.

Puntos de luz en la sociedad actual

Sociedad en crisis-sociedad en búsqueda. Detrás de todo lo que hoy sucede a nuestro alrededor, podemos “leer entre líneas” que hay una insatisfacción fundamental a nuestro modo y manera de vivir. La palabra CRISIS aparece muchas veces en nuestros diálogos, noticias... Esto expresa que en el corazón de las personas late la necesidad de un cambio, de algo nuevo y diferente porque no estamos a gusto y en paz. No estamos conformes y por eso buscamos respuestas y soluciones, que pueden ser acertadas o no.

¿Qué hay dentro del corazón de cada persona cuando palabras como **igualdad, libertad, dignidad, tolerancia...** se repiten continuamente en nuestro lenguaje diario? Pensemos. Tenemos que escuchar y descubrir qué está sucediendo por dentro, más allá de la superficialidad de expresiones, voces y demagogias que pueden confundir sobre el verdadero deseo que grita en nuestro interior. El corazón. Sí... miremos el corazón. Allí está la verdad en el deseo que llevamos sembrado y grabado a fuego por el Espíritu de Dios.

-Hambre y sed de ser familia. Las personas no soportamos la soledad y vivir del miedo de unos hacia otros. Comunicación, comunión, encuentro... son realidades que habitan dentro de nosotros y que necesitamos experimentar.

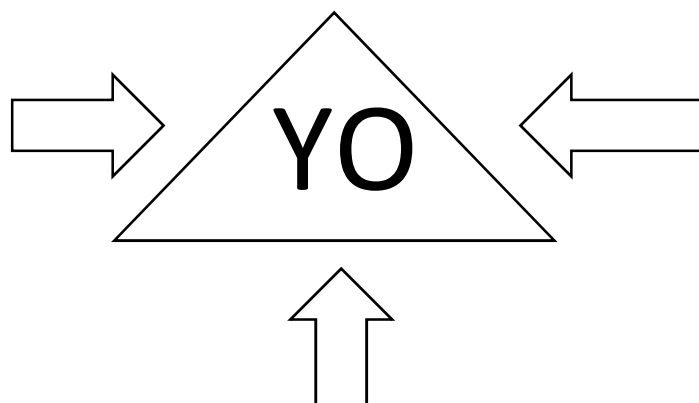
-Quiero ser yo mismo. El deseo de vivir en la verdad, donde puedo expresarme tal y como soy no es una moda sino que forma parte del deseo escrito por Dios, señal de que cada persona hemos sido creados por Dios como únicos e irrepetibles, a su imagen y semejanza. Quiero conocerme y no ser una máquina sino verdaderamente humano.

-Encontrar el amor verdadero. Nuestra sociedad no es ni mucho menos indiferente ante la búsqueda del amor que llene de verdad la vida. Otra cosa son los modos y maneras que suceden en esa búsqueda. Pero nuestro corazón no puede renunciar al deseo de encontrar un amor que sea de verdad un lugar de descanso y de plenitud.

-¿Y Dios? La búsqueda de un Dios de carne y hueso. En el mundo actual hay un reclamo ansioso de un Dios de carne y hueso, auténticamente humano, a nuestra altura. No valen las “ideas sobre Dios” sino que necesitamos “ver y tocar”, deseamos la proximidad y la cercanía que entre por nuestros cinco sentidos. Aquí está el reto de la Iglesia: sólo podremos transmitir la Fe si nuestros hermanos ven y tocan a Dios en la humanidad de los cristianos, en nuestros gestos y palabras.

Puntos de sombras en la sociedad actual

Se resume en el siguiente esquema:



El triángulo nos recuerda el símbolo de la divinidad. En el lugar de Dios está el propio ego al que tienden todas las cosas (egocentrismo). Pero nos preguntamos: ¿cómo hemos llegado a este punto?

Esta situación responde a una **HERIDA PROFUNDA DE HORFANDAD que no ha sido curada**. La razón, que históricamente no tiene precedentes es la **aparición del ateísmo**. La negación de la transcendencia coloca a las personas necesariamente en el lugar de Dios. Tenemos que ser Dios, capaces de ser como Él, saber, poder...**y no lo somos**.

Lo que se presentó como una promesa de plenitud, un cielo en la tierra, se ha convertido en un campo de guerra donde, como dijo el filósofo, somos *“lobos unos para los otros”* (Asinaria de Plauto. S.III-IIa.C). Sin un padre común los seres humanos dejamos de ser hermanos. **El prejuicio ateo** ha tocado todas las áreas del saber abandonando a las personas en un ejercicio de supervivencia; sin más recursos que los propios, que son limitados nos guste o no.

De alguna manera se cumple en nuestros días la parábola del Hijo Pródigo (Lc 15,11-32) donde Jesús nos enseña que el pequeño de los dos hermanos quiso **arrebatar la herencia del padre y agotarla** hasta que finalmente se encontró en una situación de absoluta necesidad, lo que le puso de nuevo en camino para volver a casa.

Las **luces de la sociedad actual** son, en el fondo, la nostalgia del hijo por volver a casa; ser hijo y tener un hogar.

Visibilizar el Hogar del Padre

Ante todo esto, el Espíritu llama a la Iglesia a ser de verdad el **Hogar del Padre**, de ternura y misericordia, de fiesta, donde se reciban con los brazos abiertos a todos aquellos que buscan descanso y familia.

Como el Señor explica en la misma parábola, podemos sentirnos como el **hermano mayor** ante el regreso del hermano pequeño. Ese hermano era una metáfora de los fariseos, que no tenían misericordia y se sentían mejores que los demás. Reflexionemos sobre este personaje. Vive en casa y sin embargo no se siente hijo y por tanto tampoco hermano de nadie: es un jornalero que pide recompensa y privilegios; de corazón endurecido.

Positivamente, aparecen también en el relato de Jesús los **criados**. Aquí el Señor alude a los ministros de su Familia, que tendrán la misión de vestir de fiesta y preparar el banquete al hijo que vuelve. Pero esta misión, aunque en los sacerdotes tiene sus características especiales de alguna manera la comparte todos los que vivimos en casa, dispuestos a hacer fiesta y alegrarnos por el hermano recién llegado.

Pero más todavía: lo nuestro es adquirir los rasgos de un Dios que es Padre y Madre. Si como cristianos somos “otro Jesús”, el mismo Señor dice: *quien me ha visto a mí ha visto al Padre* (Jn 14,9). El Espíritu Santo regala su unción para poner en nuestros corazones los mismos sentimientos de Dios, su **Amor gratuito e incondicional, su ternura, su misericordia, su alegría...** La Iglesia es Hogar cuando está llena de hijos que se parecen a su Padre y se gozan de vivir en Dios.

Nunca olvidemos que cada uno de nosotros somos hijos menores, hijos mayores, caminantes al encuentro con el abrazo del Padre. En diferentes momentos de la vida hemos tenido que hacer experiencia de todo ello, ser uno u otro o los dos a la vez. La medicina que se nos ha regalado de los labios de Dios ha sido siempre la misma; una palabra: **“HIJO”**. Él nunca nos ha cerrado la puerta cuando nos hemos acercado a Él; nunca nos ha rechazado cuando nos sentíamos frágiles y en nuestro pecado; nunca nos ha juzgado incluso cuando nuestras actitudes eran las del fariseo. Su respuesta ha sido siempre de **AMOR Y MISERICORDIA: “tú eres mi hijo”**. Desde esta vivencia personal nos podemos preparar para la Evangelización de nuestra sociedad herida de horfandad, visibilizando el Hogar del Padre.

En el camino de vuelta

El Padre espera en la puerta de Casa y sale corriendo para abrazar al hijo que vuelve, pero hay todavía más. En este proceso de conversión y retorno, previamente, como Jesús explica en otras parábolas, el Hijo amado fue enviado en búsqueda del que estaba perdido.

La misericordia de Dios no se reserva sólo para el momento de la vuelta, sino que se pone en camino hacia el que está alejado para provocar en su corazón la dulce memoria del Hogar que desea.

En Pentecostés, los discípulos que estaban encerrados en una casa, salen de ese lugar y se lanzan a la evangelización para llevar a Jesús a los demás y conducirlos al Hogar.

La Iglesia es hogar y lanzadera hacia la evangelización, las dos cosas a la vez. Esta misión no es fácil, porque como Jesús, salir al encuentro de nuestros hermanos significa realmente poner nuestra vida en juego y entregarla como Él. Esto no deja de ser algo profundamente bello pero también inseparable de la aspereza de la cruz. En la misma moneda del amor, por una parte está la cara, en toda la alegría y la bendición que da el amar y ser amado; por otra está la cruz. Pero son inseparables cara y cruz. En el amor auténtico se encuentran estas dos realidades.

El primer paso para la evangelización es querer a las personas, sin esto, no hacemos nada. En el amor, la Fe encuentra su mejor puente para sembrarse en el corazón de las personas.

Es Jesús mismo se tuvo que poner a la altura del hijo que se había ido de casa para conquistarlo, cargarle sobre sus hombros y llevarle de nuevo al Hogar.

Espíritu Santo,
Tú eres el Amor de Dios que animas y das vida a la Iglesia.
Tú nos llenas de tus dones y carismas
y nos unes a Jesús y entre nosotros.
Tú nos animas hoy a una Nueva Evangelización
y nos acompañas para dar testimonio de Cristo Resucitado.

Regala a nuestra Familia de Santa Eugenia un nuevo Pentecostés,
donde podamos ver con nuestros ojos
las maravillas de Dios,
y nuestros hermanos más alejados
se acerquen de nuevo a Jesús.

Enciende la Fe, la Esperanza y el Amor
en nuestros corazones,
sana las heridas que nos dividen y separan,
para hacer de Santa Eugenia una comunidad viva,
lugar de encuentro con el Señor Resucitado,
Casa y Hogar para todo el que le busca.

Haznos vivir atentos a tus inspiraciones
para construir la Iglesia desde ti
y no desde nuestros medios y fuerzas.

Junto a María, nuestra Madre,
como la primera vez,
pedimos y esperamos tu venida
para que haga nuevas todas las cosas
y Jesús sea glorificado en nuestra vida y en nuestro barrio. AMÉN.